

LA DINÁMICA DE LOS PROCESOS DE MARGINALIZACIÓN (De la Vulnerabilidad a la Exclusión)

Por Robert Castel
Publicado en la Revista "TOPÍA"
Año 1 Nro. 2 (agosto 1995)

No cabe duda de que las "grandes" políticas de lucha contra la marginalidad deberían ser aquellas que se centraran en el empleo, la vivienda, la situación de deprivación cultural de las mayorías desfavorecidas, es decir, en las causas de la miseria y la desgracia.

Quisiera proponer una hipótesis para interpretar la forma de existencia de un cierto número de grupos o individuos expulsados del circuito ordinario de los intercambios sociales: indigentes, "drop out", sin domicilio fijo, algunos toxicómanos, jóvenes a la deriva de los barrios desheredados, ex-delinquentes salidos de instituciones totales, etc... Se trata de intentar captar la marginalización, realmente, como un proceso, y de comprender la situación de esos individuos como el desenlace de una dinámica de exclusión que se manifiesta antes de que produzca esos efectos completamente desocializantes.

La marginalidad profunda se presenta así al final de un recorrido. Está alimentada por desregulaciones que afectan también a individuos que no son exactamente marginales sino que están en peligro, que son inestables, frágiles y que corren el riesgo de caer en esta zona de exclusión o de quasi exclusión que representa la marginalidad profunda.

I. POBREZA, DEFICIENCIA Y DINÁMICA DE MARGINALIZACIÓN

Este trabajo es algo diferente, pero complementarlo, de las otras aproximaciones más clásicas a los fenómenos de marginalidad y exclusión.

a) La aproximación en términos de pobreza.

Es indiscutible que la indigencia económica está en la base de la mayoría, si no de todas las situaciones de marginalidad profunda. Sin embargo conocemos las dificultades, por no decir imposibilidad, para definir los umbrales de pobreza que puedan servir como criterios para decidir cuáles son los individuos que necesitan ser socorridos. "Cuidar los pobres" es ciertamente una operación indispensable, aunque más no sea por razones administrativas. Pero la heterogeneidad de las evaluaciones demuestra que la dimensión económica pura jamás da la información suficiente como para decidir quién es "pobre". Aún más, existen formas de pobreza real que, con razón o sin ella, no crean problemas. Hay una pobreza integrada. Por ejemplo, en las sociedades europeas hasta el siglo XIX, la mayoría del campesinado y de los artesanos que constituían "las artes mecánicas" viven al borde del "umbral de pobreza", en el sentido de que no tienen reservas y se encuentran a merced de un cambio de coyuntura. Sin embargo, se los considera autónomos y autosuficientes y no ameritarían medidas especiales que pudiesen constituir el equivalente a una política social en esas sociedades. Todavía más, hay una indigencia integrada que no es marginalidad. Aún en las sociedades del Antiguo Régimen, ciertas formas de mendicidad tolerada, la frecuentación del sistema hospitalario, las distribuciones regulares de donativos a ciertas categorías de indigentes aseguran una estabilidad, un hacerse cargo regular, de individuos que seguramente se sitúan por debajo del umbral de pobreza, sea cual fuere la manera en que se lo mida. En cambio otros

grupos como los vagabundos, que a priori no son ni más ni menos pobres, sufren un tratamiento muy diferente y son completamente marginados.

Es así como el nivel de recursos económicos, cualquiera sea el grado o umbral que se establezca, no es más que un elemento para caracterizar las situaciones marginales.

b) La aproximación clasificatoria de las categorías de dependientes.

La lógica de los servicios sociales procede generalmente a partir del recorte de poblaciones-blanco haciéndose un esfuerzo para afectarlas de medios específicos que permitan hacerse cargo de ellas; es decir que se moviliza para ellas recursos y especialistas, y se definen instituciones especiales a partir de constatar que cada una plantea un problema específico. También se ha distinguido a los indigentes, los inválidos, los niños abandonados, las viudas o los ancianos necesitados, los enfermos mentales, los delincuentes, los toxicómanos, etc. y actualmente uno se ve tentado de agregar a los desocupados de larga data, los jóvenes desocializados, las familias monoparentales, etc... y esta lista puede seguir alargándose. El modelo presente detrás de esta orientación es la extensión y el refinamiento de lo que Goffman llama la relación de servicio: poner en correspondencia a esos blancos poblacionales con competencias profesionales e instituciones específicas.

Ese abordaje tiene sus méritos. Permite el desarrollo de servicios sociales, lo cual sin duda es mejor que el abandono puro y simple de las poblaciones carenciadas. Pero presenta por lo menos dos inconvenientes que hacen dudar de que ésta sea la mejor vía para hacerse cargo de la marginalidad. Primero, implica a menudo un carácter estigmatizante, como lo demuestra el caso-límite de la psiquiatría clásica que constituye el ejemplo tipo de un hacerse cargo especializado con instituciones especializadas, profesionales especializados, o incluso una legislación especial. Sin embargo, ese despliegue de tecnicismo ha llevado, en el hospital psiquiátrico clásico, a formas sutiles y clientelamente legitimadas de exclusión, de las cuales la medicina mental moderna tiene dificultades para apartarse.

Pero además del riesgo de cristalizar las categorías de asistidos en una especie de destino social e institucional definitivo, se observan cada vez más formas nuevas de marginalidad que se ajustan a esos sistemas de categorización. Es el caso de algunos jóvenes que pueblan los suburbios desheredados alrededor de las grandes metrópolis. Ellos son a menudo, ya sea simultánea o sucesivamente, un poco delincuentes, un poco toxicómanos, un poco vagabundos, un poco desocupados o un poco trabajadores precarios. Ninguna de esas etiquetas les conviene exactamente, rara vez se instalan

ESTUDEMOS
159 C. E. H. C. E.
PSICOLOGÍA FORENSE
F. 51 6/F -
D/F 3

50 F 7 5

Alternativas al Control Social Punitivo Institucionalizado: Capacitación Laboral

permanentemente en uno de esos estados, sino que circulan de uno a otro. Frente a esta inestabilidad, a esta fluidéz, las culturas institucionales y profesionales se encuentran sin recursos: ¿cómo hacerse cargo de ellos? ¿Hay que categorizarlos para adosarles competencias profesionales propias en lugares institucionales precisos? (de allí la insistencia actual acerca de la interlocución y la interdisciplinariedad, pero que muchas veces tiene una función fascinadora).

Sin pretender proponer una alternativa global y opuesta en relación a esas dos gestiones económica y técnico-clínica, quisiera defender una *aproximación transversal* a esas poblaciones preguntándome *qué tienen en común*, que no es *solamente* un nivel de ingresos muy bajo, ni tal o cual deficiencia personal específica. Creo que este desplazamiento puede acarrear un beneficio práctico, suscitando formas, igualmente *transversales*, de hacerse cargo de esas poblaciones marginalizadas, lo que ilustraré al final de mi contribución con el ejemplo del Ingreso mínimo de inserción francés.

II- LAS CUATRO ZONAS

He aquí entonces un modelo que en un principio quizás parecerá demasiado teórico, pero del que espero, sin embargo, demostrar la capacidad para generar implicaciones prácticas interesantes.

Propongo ubicar las situaciones marginales al final de un doble proceso: de desencanche en relación al trabajo y en relación a la inserción relacional. Advertimos enseguida que todo individuo debe situarse en relación a ese doble eje de la Integración a través del trabajo y de la inscripción relacional. Esquematizando mucho distinguiamos tres valores en cada uno de los ejes: "trabajo estable-trabajo precario-no trabajo" e "inserción relacional fuerte-fragilidad relacional-aislamiento social". Acopiando esos valores de dos en dos se obtienen tres zonas, a saber la *zona de integración* (trabajo estable y fuerte inscripción relacional, que a menudo van juntos), la *zona de vulnerabilidad* (trabajo precario y fragilidad de los soportes relacionales), y la *zona de marginalidad*, que prefero llamar *zona de desafilación* para marcar bien la amplitud del doble desencanche: ausencia de trabajo y aislamiento relacional.

Por ejemplo, si tomamos las sociedades europeas anteriores a la revolución industrial, cuyas estructuras quizás son, o nos parecen, más simples, que las nuestras, se localiza fácilmente:

- Una zona integrada representada por ejemplo por el artesano regido por el sistema de las corporaciones, o incluso por la mayoría de las empleadas domésticas. Esos grupos gozan de gran seguridad en el empleo y están insertos en redes de dependencia fuertes y coherentes, sin embargo muy frecuentemente son pobres pero, como lo sugerí, no "plantean un problema", excepto si se enganchan y se desfilan hacia la zona de vulnerabilidad, es decir hacia la tercera zona.

- La zona de vulnerabilidad comprende a los pequeños trabajadores independientes, sin reservas económicas, (buhoneros, vendedores de diarios, vendedores ambulantes...) y a un salariado precario de trabajadores intermitentes del campo o de la ciudad que no están incluidos en el sistema corporativo y no se benefician de sus garantías (jornaleros, trabajadores estacionales, "braceros" que se contratan por jornada o a destajo). Su inestabilidad es crónica y siempre están en peligro de caer en la tercera zona.

- El personaje-tipo de la zona de marginalidad profunda o de desafilación es el vagabundo. No trabaja, aunque podría trabajar, por lo menos en el sentido de que no está

discapacitado. Al mismo tiempo está desvinculado de todo soporte relacional. Es el errante, el extranjero que no puede ser reconocido por nadie y por ello es rechazado en todos lados. En consecuencia caen sobre él medidas represivas crueles, desde el exilio hasta la muerte en casos extremos.

Vemos en este ejemplo -que es más que un ejemplo, ya que la represión de la vagancia ha sido una de las grandes obsesiones de las sociedades pre-industriales- que la marginalidad profunda representa verdaderamente el desenlace de ese doble desencanche, *al mismo tiempo* con respecto al trabajo y con respecto a la inserción relacional. En consecuencia su tratamiento es completamente diferente al del inválido. Este no puede trabajar, ya sea por razones físicas (discapacidades, enfermedades), por su edad (niños, ancianos), porque se encuentra en una situación familiar crítica (por ejemplo las viudas con numerosos hijos). Si el indigente inválido es al mismo tiempo conocido, tiene un domicilio, pertenece a una parroquia, a un barrio, casi siempre está cubierto. *El tratamiento de la indigencia inválida representa así una cuarta zona, la zona de asistencia*. Esta cumple con una protección cercana sobre la base del "domicilio de emergencia".

Así, incluso en el sector de gran pobreza o de indigencia, existen dos tipos muy distintos de población, que son tratados también de forma muy diferente. El vagabundo que es capaz de trabajar es expulsado de las redes familiares de sostén, de la *protección de proximidad*, y es completamente rechazado y estigmatizado¹. El indigente incapaz de trabajar mal que bien es asistido, ya sea directamente por la comunidad (limosnas) o a través de formas institucionales (hospitalización, distribución regular de ayuda).

Esas formas de asistencia pueden ser insuficientes, más organizadas, incluso escandalosamente deficientes. Sin embargo, el otorgamiento de ayuda a los indigentes insertos en la comunidad y al mismo tiempo incapaces de trabajar no plantea un problema de principios como lo demuestran todas las historias de la asistencia: la ayuda a esos indigentes, aunque sea llevada a cabo muy mal, es, desde hace mucho tiempo un objetivo reconocido, una preocupación permanente para las diferentes instancias responsables (Iglesia, municipios, poder monárquico). En cambio, a la asistencia de los indigentes a la vez capaces y sin inserción ha planteado un interrogante insoluble frente al cual las sociedades pre-industriales sólo han podido reponer con una represión que, por otra parte, era impotente para resolver el problema. La exhortación al trabajo, aún acompañada de pesadas sanciones, jamás logró suprimir el problema de la marginalidad errante. Me permití este rodeo a través de las sociedades pre-industriales porque ellas permiten ver más claramente una dinámica que encontraremos actuando en los países de la Europa industrializada. No se trata, evidentemente, de que la situación actual replique pura y simplemente la del Antiguo Régimen. Pero de ese esquema se pueden extraer dos

¹ Pondremos aquí entre paréntesis la cuestión de saber si esta ociosidad y esta movilidad incesante de los vagabundos son voluntarios o impuestos, en particular por la situación del mercado laboral. Se los ha estigmatizado desde siempre como individuos lánzanos, amantes del placer, inmorales, que prefieren la vida fácil al trabajo. Pero lo que se puede reconstituir a través de las biografías de los vagabundos es que se trata a menudo de trabajadores precarios y poco calificados, expulsados de su territorio por presiones económica y vagando en la búsqueda más o menos convencida de un trabajo cualquiera. He desarrollado esos puntos en R. Castel: "Los Desafilados: Precariedad del Trabajo y Vulnerabilidad Relacional".

enseñanzas principales que pueden ayudar a aclarar el problema de la marginalidad en nuestros días.

- 1) *El factor pobreza*, sin negar su importancia decisiva, no es exclusivamente determinante. Por lo menos tres situaciones aparecen como cualitativamente diferentes, aunque todas estén caracterizadas por la pobreza: la *pobreza integrada*, que es una pobreza trabajadora; la *indigencia integrada* que obtiene ayuda sobre la base de su inserción comunitaria; la *indigencia desafiada*, marginalizada o excluida, que no encuentra lugar en el orden laboral ni por inserción en los redés comunitarias.
- 2) El esquema anterior no debe leerse de manera estática sino dinámica. Las "zonas" que he distinguido no están dadas de una vez para siempre, sino que sus fronteras son cambiantes, y de una a otra se operan pasajes incansables. La *zona de vulnerabilidad* ocupa, en particular, una posición estratégica. Es un espacio social de inestabilidad, de turbulencias, poblado de individuos precarios en cuanto a su relación con el trabajo y frágiles en su inserción relacional, de allí el riesgo de caer en la 3ra. zona, que aparece entonces como el *fin del recorrido*. Es la vulnerabilidad la que alimenta la marginalidad profunda o desafiada.

III- ASISTENCIA GENERALIZADA Y MARGINALIDAD RESIDUAL

Evidentemente aquí no se trata de seguir en detalle las transformaciones de esta problemática. Me contentaré con caracterizar, de manera igualmente esquemática, la última de sus perspectivas.

Hasta una fecha reciente, la situación de los países europeos parecía marcada por la *estabilización de la zona de vulnerabilidad*. La marginalidad representaba entonces un *factor residual* en una formación social globalmente integrada.

En efecto, por un lado una proporción importante de los indigentes eran asistidos a través de técnicas de protección próximas a la asistencia tradicional. Se ejerce una tutela sobre los necesitados que al mismo tiempo les proporciona ayuda y los mantiene en una relación de interdependencia con su entorno. Esta es la inscripción fundamental de las políticas asistenciales de Antiguo Régimen a las que me referí, por ejemplo de los *Poor Laws* ingleses, a propósito de los cuales se ha podido hablar de *servidumbre parroquial* (*parish serfdom*). Pero en espíritu filantrópico del siglo XIX, luego los servicios sociales modernos, continúan desplegando bajo formas eufemísticas, estrategias de ayuda cuyo ideal consiste en establecer una relación personalizada entre la instancia dispensadora y el beneficiario. Cuando a fines del siglo XIX los principales estados europeos imponen el *derecho a la ayuda*, la asistencia hace un progreso considerable garantizando prestaciones uniformes y legalmente exigibles. Pero conviene advertir que las categorías de beneficiarios son muy restringidas, y recortan ajustadamente las antiguas clasificaciones de la indigencia asistida desde mucho tiempo atrás sobre la base de su incapacidad para trabajar: ancianos, discapacitados, enfermos incurables, niños abandonados... El derecho a la ayuda tiene por lo tanto un contenido muy restrictivo en cuanto a las poblaciones a las que se refiere: son exactamente las mismas de las que, más o bien, se hicieron cargo la Iglesia, las autoridades municipales o el poder monárquico en la Europa pre-industrial.

Más ambicioso y consecuente en sus efectos es el recurso de los seguros. La generalización de los seguros representó la solución al problema que planteaba la

indigencia no discapacitada. Cuestión insoluble, como lo demuestra toda la legislación sobre vagancia en sociedades del Antiguo Régimen, mientras que la obligación de trabajar no estuviera acompañada de la apertura de un verdadero mercado de trabajo combinado con garantías contra los principales riesgos sociales. Con la generalización del salariado y el establecimiento de una condición obrera estable fundada en la preeminencia del contrato de trabajo de duración indeterminada, la cobertura social se extiende más allá de los asalariados, a la inmensa mayoría de las poblaciones de las sociedades industriales. Los seguros, sin duda, han permitido controlar una parte importante de la zona de vulnerabilidad alimentada por la precariedad del trabajo.

Esta coyuntura, dominante a principios de los años setenta en los países industrializados europeos, fundaba una concepción de la marginalidad que se puede calificar de residual. Derecho a la asistencia y ayuda social para las principales categorías dependientes, seguros ligados al trabajo para la mayoría de los demás, garantizaban una cobertura máxima contra la pobreza y las incertidumbres de la existencia social.

No es que se haya creído que la privación y la inseguridad estaban así completamente erradicadas. Sino que precisamente la amplitud de las protecciones determinaba que aquellos que quedaban fuera fueran calificados de *marginales*, al ser incapaces de adaptarse a las exigencias de una sociedad moderna en la cual los progresos de la protección social corrían parejos con los progresos del crecimiento (ideología de los Estados-Providencia). Es el caso de esas poblaciones "cuarto mundo", como si la miseria representara situaciones que se excluyen en las sociedades industriales. En esta línea *la marginalidad es al mismo tiempo la antítesis de la modernidad y la forma moderna de la asocialidad*: caracteriza a los dejados a cuenta del progreso, a todos aquellos que no han podido o no han querido someterse a las presiones del desarrollo.

En ese contexto pueden distinguirse dos formas principales de marginalidad: una marginalidad "libre", caracterizada por su distancia en relación al trabajo regular, pero también en relación a las *formas organizadas de la protección próxima representada por la asistencia*. El marginal se organiza una existencia precaria en los intersticios de la vida social.

No es realmente un "asistido" en la medida en que sólo tiene relaciones puntuales con los servicios sociales. Ese rasgo merece ser subrayado nuevamente, ya que distingue a la marginalidad de la pobreza, e incluso de la pobreza dependiente. En las sociedades del Welfare State algunas categorías de dependientes incapaces de satisfacer sus propias necesidades logran adquirir un verdadero status gracias a la utilización regular de los derechos de asistencia y de servicios sociales. Ese status es sin duda inferior a los status "normales" que dependen del lugar ocupado en el proceso de producción. Sin embargo, permite distinguir netamente a esos grupos asistidos de los marginales propiamente dichos, a los que se puede calificar como fuera del status. Es el caso de los vagabundos, los gitanos, de los que no tienen domicilio fijo, de la clientela esporádica de las asociaciones caritativas tradicionales, como el Ejército de Salvación, de los traperos y otros recolectores de desechos de los contornos de las ciudades.

El segundo grupo de marginales es sustituido, a título provisorio o definitivo, de la vida social ordinaria y se encuentra institucionalizado en espacios separados. La propensión de los servicios médicos y sociales es la de caracterizar a esas poblaciones a partir de una deficiencia específica (trastorno psíquico, discapacidad severa, invalidez crónica...) A ellos también se les provee de un

status, pero el mismo, establecido sobre las bases de una deficiencia, les impone un régimen especial y un tratamiento, fuera de lo común, en los hospicios para ancianos indigentes, los establecimientos para menores abandonados o deficientes, los hospitales psiquiátricos, en la medida en que éstos últimos funcionaban como último recurso para los sujetos de socializados que no encuentran lugar en otra parte.

IV- LA REACTIVACIÓN DE LA VULNERABILIDAD

La situación tal como ha sido esquematizada es sin duda dominante en la actualidad. Paradójicamente los grandes marginales son tanto los que más escapan a la institucionalización y todavía se entregan, en las sociedades moderadas, a formas de nomadismo inciertas y peligrosas, como aquellos que se encuentran sobre-institucionalizados en esos espacios de reclusión conceptualizados por E. Goffman bajo el nombre de Instituciones Totales o Totalitarias². Sin embargo, me parece que desde hace unos años se han producido inflexiones que llevan, por lo menos, a reactualizar esa esquema. Hasta mediados de los años setenta se hablaba fácilmente de *Exclusión - Integración*, Social como quedando fuera del desarrollo conjunto de las sociedades modernas, cuya versión social estaba representada por los progresos del Welfare State.

Esos fenómenos de exclusión representaban entonces al mismo tiempo excepciones y arcaísmos en relación a los progresos de la modernidad. Uno podía acomodarse a ellos o indignarse, pero no cuestionaban la dinámica social general. Con respecto a esta coyuntura, me parece que el hecho nuevo, desde hace unos quince años, es el resorte de la vulnerabilidad tal como lo caractericé, en tanto conjunción de la precarización del trabajo y de la fragilización de los soportes relacionales. Me parece que ese desarrollo de zona inestable, entre Integración y exclusión, renueva, al menos parcialmente, la problemática de la marginalidad.

En relación al trabajo, la vulnerabilidad parecía, como dijimos, estabilizada por la generalización de una situación salarial sólida, cuyas condiciones de posibilidad son el crecimiento económico y el casi pleno empleo. No se trata solamente del aumento de la desocupación (cuyas tareas no obstante durante esos años se han multiplicado por cinco en Francia), sino también, y quizás sobre todo, de la *precarización del trabajo*. No quiero relatar la contribución de P. Townsend, que tiene ese sentido, pero debo señalar con él la importancia de ese fenómeno de *desestabilización de una fracción importante del Mercado de Empleo*. Es así como en Francia un quinto de los empleos son "atípicos", en el sentido de que escapan a la forma de contrato de duración indeterminada, que presentaban un seguro de tiempo y una cobertura social importante. Pero, sobre todo, esos empleos precarios, con títulos diversos representan actualmente la mayoría de los

contratos de los asalariados. En particular para los jóvenes, la alternancia de trabajos intermitentes y períodos de desocupación afecta a un individuo sobre cuatro. Citaré solamente una investigación particularmente significativa sobre la suerte de dos millones y medio de desocupados inscritos en Francia en 1986. Dos años más tarde más de la mitad se encuentran todavía desocupados, o han renunciado a buscar empleo. Entre los que trabajan menos de un cuarto ha encontrado un empleo regular. Es así como la llamada "reestructuración del aparato productivo" lleva a marginalizar alrededor de un décimo de la fuerza de trabajo condenada a la desocupación o a la recurrencia de períodos de desocupación y de empleos precarios.

Esta transformación del mercado de trabajo en el sentido de su precarización se acompaña de un deterioro de los soportes sociales relacionales que aseguran una "protección próxima". Es más fácil poner en evidencia semejante fragilización en pocas líneas ya que pone en juego diversas variables. En efecto, la inserción de un individuo depende al mismo tiempo de su inscripción en la familia y en una red relacional más amplia. En esas dos vertientes, me contentaré con hacer algunas observaciones que sugieren la fragilización de esas pertenencias.

Desde el ángulo de la estructura familiar, se sabe que, en todos los países de Europa, los principales indicadores que sugieren un debilitamiento de la familia (Índice de casamiento, de fecundidad, de divorcio, y a la inversa, porcentaje de cohabitación fuera del matrimonio, nacimientos ilegítimos, familias monoparentales, familias conducidas por una sola persona, etc.) se dispararon a partir de los años '70.

De esto no resulta, como se ha dicho a menudo demasiado fácilmente, un "fin de la Familia", sino una restricción de la protección que ella garantiza y una fragilización de su estructura: si la familia se reduce casi siempre a la pareja parental y a uno o dos hijos, funciona como un asistente (muchas veces además sobrevalorizado) más que como una primera red relacional a la que se puede recurrir en situaciones difíciles. Fragilización de su estructura: tanto para la pareja como para los hijos, a menudo la familia opera menos como un principio de estabilidad relacional que como un sistema de intercambios, al mismo tiempo provisorio y amenazado, a punto tal que se ha podido hablar de "familia insegura".

Lo que importa aquí es que esta tendencia está particularmente acentuada en las categorías más desfavorecidas, es así como las familias monoparentales asocian dependencia económica, aislamiento relacional y riesgo de desocupación. A edades iguales, los jóvenes desocupados se casan tres veces menos que los activos y, cuando permanecen con sus padres, la mayoría de las veces es en condiciones precarias; en parejas no casadas es más frecuente (una sobre cuatro) encontrar por lo menos un desocupado, que en las parejas casadas, etc...

Se percibe así que la precariedad del trabajo o la desocupación y la debilidad de las redes relacionales están a menudo asociadas y aumentan los riesgos de deslaminamiento de la vulnerabilidad en lo que he denominado la *desafilación*, es decir el acoplamiento "pérdida de trabajo - aislamiento relacional". Tanto más cuanto la fragilidad de la estructura familiar va frecuentemente aparejada a situaciones de deterioro de las redes de sociabilidad popular, que aquí sólo puedo mencionar. Pero se sabe que el barrio muchas veces ha servido de red protectora tanto desde el punto de vista económico como en relación a los riesgos de desocialización acarreados por la pobreza. La estructuración de una cultura obrera tal como la descubrió por ejemplo R. Hoggart en Inglaterra en los años '60, había contribuido a integrar al pueblo en organizaciones coherentes de formas de vida y valores compartidos

² Ese relativo entusiasmo era compartido a la derecha y a la izquierda del tablero político. Si el pensamiento liberal se acomodaba bastante bien a la existencia de una franja residual de olvidados en la marcha general hacia el progreso, la crítica de la izquierda denunciaba la hipocresía de las concepciones dominantes del Welfare State que abandonaba a una parte de los ciudadanos en condiciones indignas de un Estado de Derecho. Por ejemplo, las críticas al Hospital Psiquiátrico o a la Prisión como instituciones totalitarias se unieron de la convicción de que era al mismo tiempo posible y necesario destruir los resabios de un pasado en el que reinaron la arbitrariedad y la violencia, incompatibles con las exigencias de Justicia Social y de trato democrático proclamados por los Estados modernos.

comunitario. Las trasplantaciones, efectos de una urbanización salvaje, también la crisis de valores sindicales y políticos, tienden a deshacer estas connivencias de clase y a quebrar las solidaridades que mantenían.

Es así como las ciudades obreras organizadas alrededor de una sola industria que son víctimas de una desocupación masiva, y más aún ciertos suburbios en la periferia de las grandes ciudades, son sin duda hoy las zonas de emergencia más visibles de una nueva marginalidad. Allí, en particular los jóvenes, hacen la experiencia de una relación doblemente negativa en relación al trabajo, la alternancia entre la desocupación y la subocupación no permite definir una trayectoria profesional estable; en relación a las referencias socio-relacionales, cuando la familia no tiene gran cosa para transmitir como capital social, cuando el sistema escolar es extraño a la cultura de origen, como en el caso de los inmigrantes, y que la sociabilidad se agota en relaciones efímeras en las que se "mata el tiempo" con pequeñas provocaciones y pequeños delitos, para superar el hastío de una temporalidad sin futuro.

La "galera" es sin duda una experiencia nueva, o relativamente nueva, de desafiación, entendida como la salida de un modo de existencia que no se estructura ni por una relación continua con el trabajo, ni por la inscripción en formas estables de sociabilidad.

V- MARGINALIDAD Y PRÁCTICAS DE INSERCIÓN

Así, al lado de las formas tradicionales de marginalización que subsisten, vemos aparecer nuevas, a partir de las recomposiciones más recientes del aparato productivo, de la fragilización de la estructura familiar y de la crisis de la cultura obrera. (menciono aquí brevemente la "cultura obrera" por no poder extenderme en la argumentación de ese punto. Pero el hecho es que en los países europeos industrializados de larga data los años '70 parecen marcar el fin de un proceso secular de integración de las capas populares, al punto tal que muchos hablaban de su "aburguesamiento". Actualmente, una parte de esos grupos continuaron asimilándose a las clases medias, mientras que otros parecen amenazados por la superexclusión y la desculturización). Es significativo de esta situación el análisis de poblaciones marcado por el Ingreso Mínimo de Inserción (RMI).

Sin duda sabemos que el RMI votado por el Parlamento Francés el 1 de diciembre de 1988 inaugura el derecho a un ingreso mínimo de 2000 Fr. para toda persona cuyos ingresos sean inferiores a ese cifra. No se trata de una indemnización específica, correspondiente a tal o cual deficiencia, sino de un derecho general destinado a todas las personas sin recursos que se comprometan a producir, en contrapartida, una actividad considerada de inserción. Hoy hay en Francia unos 400.000 beneficiarios directos del RMI, lo cual, teniendo en cuenta los cónyuges y los hijos, cubre aproximadamente un millón de personas en la Francia metropolitana.

¿Quiénes son los beneficiarios de esas prestaciones? En principio el mapa de repartición de subsidios coincide bastante ajustadamente con el de desocupación: hay una relación significativa entre esas situaciones de privación y la reestructuración del aparato productivo. En segunda instancia, más de la mitad de los beneficiarios eran desconocidos para los servicios sociales tradicionales: aún cuando no se trate necesariamente de "nuevos pobres", la medida concierne, en más de la mitad de los casos, a nuevos asistidos, o nuevos socorridos, es decir, a gente que, hasta ese momento, había escapado a los sistemas clásicos de protección social. Pero el perfil socio-familiar de los beneficiarios es todavía más

significativo. Los tres cuartos los constituyen los desempleados, desocupados o inactivos, a menudo de larga data, también se trata de tres cuartos de aislados, sin cónyuge (de los cuales el 20% son mujeres solas con hijo/s), se confirma así de manera particularmente espectacular la existencia de ese doble eje de retracción con respecto al trabajo y de aislamiento relacional que produce las situaciones de máxima privación, ya ejemplificadas por los vagabundos en las sociedades preindustriales. Al igual que las familias son muy minoritarias en esas poblaciones, también lo son las personas de edad: más de la mitad de los beneficiarios tienen menos de 40 años.

De forma más clásica, encontramos las características habituales de los poblaciones más desfavorecidas: baja calificación profesional, débil nivel de instrucción, malas condiciones de vivienda... Se trata realmente de la capa más desheredada de la población francesa, expulsada a los márgenes de la producción y la participación en las prácticas comunes de consumo y de intercambios.

A propósito de la totalidad de este conjunto sería inútil hablar de una "nueva marginalidad". De un análisis más fino (que queda por hacer) se desprenderán claramente perfiles muy tradicionales como el de los desamparados del cuarto mundo, los vagabundos, la gente sin domicilio fijo, etc... A la inversa, también encontraremos individuos que han caído transitoriamente en la pobreza a causa de la desocupación, o de un accidente de su biografía, y a los que, hablando con propiedad, no conviene etiquetar como marginales. Pero me ha parecido más interesante la operación que consiste en preguntarse *qué tienen en común* esos grupos que los lleva a compartir *una misma condición de privación*. Entonces vemos que bajo formas diversas y vivencias diferentes se manifiesta ese doble desenganche con respecto a la integración a través del trabajo y en relación a la inserción relacional. Llegaron "hasta allí" por recorridos diferentes, en consecuencia de un licenciamiento económico o un drama familiar, de una infancia desastrosa o de un accidente o de una enfermedad, de una descalificación profesional o de dificultades psíquicas... -de hecho, a menudo, por varias de estas razones a la vez-

Pero más que esforzarse en multiplicar las etiquetas, podría tener más sentido realizar un corte *transversal* en el proceso que abrió, alrededor de ellos, un vacío social.

Al final del recorrido encontramos a esos *bornless people* que frecuentan ciertos espacios específicos de la ciudad, andenes de subte, rincones de plazas, entradas de estaciones, barrios pobres de los suburbios... Todo los separa, excepto esta experiencia común de ruptura del vínculo social: antiguos pacientes "desinstitucionalizados" de hospitales psiquiátricos, jóvenes toxicómanos gravemente desocializados, pequeños delincuentes, vagabundos de larga data, prostitutas ocasionales, *drop out* de todas clases...

Semejante indeterminación plantea graves dificultades y los profesionales frecuentemente se encuentran sin respuesta frente a esas situaciones, que no incumben exactamente ni al sistema sanitario ni a la policía, ni a la justicia, ni a las agencias del Welfare, y que sin embargo plantean, simultánea o sucesivamente, problemas de seguridad, de salud y de asistencia. Pero frente a esa inquietud la solución debe buscarse por el lado de hacer un esfuerzo para formular sistemas de categorización cada vez más precisos y hacerles corresponder formas de asistencia específicas? Esta respuesta que, como se ha dicho, corresponde a la idea dominante de desarrollo de los servicios sanitarios y sociales, no es insensata en la medida en que es difícil hacerse cargo de esas poblaciones sin

derivarlas a las instancias responsables. Pero también sabemos que a menudo las categorizaciones clásicas tienen efectos perversos considerables. Es así como la reglamentación de la vagancia condujo a su *criminalización*. El enfermo mental pagó el reconocimiento de su especificidad con un *status de excepción* que era también un *status de exclusión*. Inversamente, la crítica a ese status (al encierro en una institución total y a la legislación especial para los enfermos mentales) condujo a formas de desinstitucionalización salvajes por las cuales los ex-psiquiatrizados terminaron engrosando el flujo de los errantes abandonados en las zonas urbanas desheredadas.

Por lo tanto el problema es difícil. Sin pretender aportar una solución quisiera defender los méritos de una *asistencia global* de esas poblaciones, desde una perspectiva de inserción que no pase necesariamente por su recorte en categorías específicas. Si es claro, como lo he sugerido, que la marginalidad profunda es el extremo de un proceso de alejamiento con respecto al trabajo y de alejamiento social, en adelante esta condición de desafilación pesa más que las peripecias particulares que condujeron a ella. Esta *condición común* puede entonces incitar a definir estrategias de inserción cuyo ideal sería negociar con esas personas un compromiso para llenar ese vacío social. Se trata menos de intentar reparar una deficiencia a partir de un diagnóstico de acuerdo con el modelo clínico todavía tan presente en el trabajo social, que de elaborar un trabajo práctico destinado a movilizar las capacidades del sujeto para salir de su situación de excluido.

Me parece que ese es el espíritu de la reciente ley francesa sobre RMI con respecto a las formas clásicas de lucha contra la pobreza y la marginalidad, sean éstas de inspiración económica y clínica. Ese dispositivo innova en dos puntos. Primero, toma en cuenta esta transversalidad de la desafilación, independientemente de las "causas" que han podido conducir a ella. Artículo 1 de la Ley del 1 de diciembre de 1988: "Toda persona que, en razón de su estado psíquico o mental, de su situación económica y laboral, no se encuentra en condiciones de trabajar, tiene derecho a obtener de la comunidad medios apropiados de existencia". Esto es romper con la lógica tradicional de la intervención "social o médico-social, que se esfuerza en definir una deficiencia específica para hacerle corresponderle un servicio o prestación. Particularmente vemos que se encuentran aquí reunidos, en tanto beneficiarios de un mismo "derecho" los inválidos que dependían de la asistencia y aquellos que, a causa de la "situación económica y laboral", no encuentran trabajo.

Segundo, a ese derecho a la ayuda le corresponde un imperativo de inserción. Artículo 2 de la Ley: "La inserción social y profesional de las personas en dificultades representa un imperativo nacional". Pero la inserción no es sólo una obligación del beneficiario como contrapartida de la prestación que obtiene. Es al mismo tiempo una obligación para la colectividad que debe movilizarse para obtener "contratos de inserción" adaptados a la situación del destinatario. Por lo menos de acuerdo al espíritu de los promotores del RMI, el subsidio no debería quitarse a aquellos que no cumplieran con su contrato de inserción.

Es responsabilidad de la comunidad, en particular de los agentes de los servicios sociales, encontrar tareas, aunque sean modestas, que puedan ser realizadas por los beneficiarios.

Es claro que este noción de inserción es fundamentalmente ambigua. La inserción "ideal" que sería la integración en un empleo estable es la mayoría de las veces imposible, a la vez a causa del estado del mercado de trabajo y de las aptitudes de muchos de los beneficiarios, frecuentemente alejados desde mucho tiempo atrás, o

desde siempre, de las coerciones del orden productivo. En esas situaciones, la inserción corre el riesgo de convertirse en pequeños trabajos de aflicción, más o menos improvisados, simple ocupacionismo que consistiría, en última instancia, en hacer cualquier cosa antes que nada. Pero me parece que hay que entender esta ambigüedad como constitutiva de la inserción a partir de situaciones de desinserción previas a las que debe enfrentar, y que culminan en la marginalidad profunda. *Inserir es a menudo menos que Integrar*, ya que el vínculo social que uno se esfuerza por reconstituir es más laxo y corre el peligro de ser más frágil que las interdependencias que inscriben a un individuo en un empleo estable y en una red interrelacional fuerte. Cuando el beneficiario encuentra un trabajo, lo que puede considerarse un éxito, es en la franja de las pequeñas tareas sin garantía en cuanto a su duración. De allí el riesgo de mantener, esos ciclos de alternancia entre trabajo-no trabajo que no representan una verdadera integración. Podríamos decir entonces que esas prácticas establecerían la marginalidad sin reducirla verdaderamente.

(.....)

¿Pero existen acaso alternativas, aparte de una redistribución del trabajo, que dada la situación actual parece utópica? Aunque más no sea como un mal menor el imperativo a la inserción a la exigencia de no dejar que el individuo marginal se enquistase en una situación de desocialización, sean cuales fueren las situaciones que lo condujeron a esa exclusión y a la distancia a la que se encuentre en relación a las condiciones de una "vida normal". Igualmente el margen de manobra de la inserción es estrecha, ya que tiene una posición intermedia (es decir, poco concluyente y ambigua) entre el control, a menudo imposible, de los procesos que llevaron a la exclusión, y la resignación frente al mantenimiento de esa exclusión.

BIBLIOGRAFÍA: Referencias Citadas

- Br. Geremek: "La potencia o la Piedad", Tr. Fr. Gallimard, Paris, 1988.
- Fr. Dubet: "La Galera: Jóvenes en supervivencia", Fayard, Paris, 1986.
- R. Castel: "Los desafilados: Precariedad del Trabajo y Vulnerabilidad Relacional", Revista Topia, 1995.
- H. Hartzfeld: "Del pauperismo a la Seguridad Social", Pom, Paris, 1971.
- J. Donzelot: "La invención de lo social", Fayard, Paris, 1984.
- Fr. Evald: "El Estado-Providencia", Grasset, Paris, 1986.
- S. Paugam: "La descalificación social: Pobreza y condición de asilado", PUF, 1990.
- E. Goffman: "Asilos: ensayos sobre la condición social de los enfermos mentales", Trad. Fr. Ed. de Minuit, Paris, 1974.
- R. Lenoir: "Los excluidos", Ed. du Sull, Paris, 1974.
- A. Lelaube: "El trabajo en migajas", Hachette, Paris, 1988.
- "Datos Sociales", INSEE, Paris, 1990
- N. Léfaucheur: "Informe para la CEE sobre la situación de las familias monoparentales en Francia", GRASS-IRESCO, Paris, 1988.
- L. Roussel: "La familia insegura", O. Jacob, Paris, 1989.
- O. Gallard: "Los Jóvenes", La Découverte, Paris, 1985.
- S. Chailon-Demersay: "Las desuniones libres", Revista Internacional de Acción Comunitaria, N°18-58, Montreal, Otoño 1987.
- S. Magri, Ch. Topalov: "Ciudades obreras: 1900 - 1950", Ed. Harmat-tan, Paris, 1990.
- R. Rogart: "La Cultura del Pobre", Trad. Fr. Ed. de Minuit, Paris, 1968.
- "El ingreso mínimo de inserción un año después", dlc. 1988-dlc. 1989. Informe de la Delegación Interministerial al RMI, Renéonté, Paris, 1990.